

el norte. Comonfort, recibido por Vidaurri de vuelta del extranjero y amparado, como proscrito que era, contra cualquier tentativa del Gobierno general, consumaba su rehabilitación volviendo al centro del país como jefe de un cuerpo de ejército. Juárez podía aprovechar los servicios de aquellos dos hombres, completamente nulos como jefes de combate, pero de facultades sobresalientes como organizadores. Por desgracia, Vidaurri fué abandonado á sus tendencias disolventes en el cacicazgo fronterizo, y Comonfort siguió al frente del cuerpo de ejército que había organizado y que debió haberse puesto bajo el mando de un verdadero general.

☛ Por entonces, Doblado parecía ser el único RIGHT MAN IN THE RIGHT PLACE. Como agente de seguridad en el centro, había cumplido satisfactoriamente su encargo, derrotando á las gavillas de la Sierra Gorda, y partía con tres mil hombres á Guadalajara, amenazada muy seriamente por fuerzas facciosas y depredadoras. La acción de Doblado se extendió hasta Sinaloa, obteniendo, como por un favor, que el Gobierno local dejase á Corona los recursos de la aduana de Mazatlán para aprovecharlos en la persecución de las peligrosas bandas de Tepic.

☛ Así andaba todo en el país. El Gobierno tenía que atender simultáneamente á los PLATEADOS del sur, á los reaccionarios del centro, á los lozadeños de occidente, á las rebeliones contra los gobiernos locales, á las desobediencias de los gobernadores y á la guerra exterior. En los momentos de mayor peligro, Doblado salía con tres mil hombres á un punto que lo alejaba más del que ocupaban los franceses. ¿No era esto darles razón, confirmando sus juicios? Allí estaba el sofisma. Los liberales no negaban que esta tribu necesitaba, ante todo, de una vigorosa higiene social, en forma de patibulos para los bandoleros y de estados de sitio para los caciques; pero quien mejor podía hacer todo ello eran Juárez y los de su partido. Diariamente se corroboraba esta verdad enunciada por Prim. Ya era Lorencez, ya este ó aquel oficial francés quien decía: «Venimos á ponernos contra el elemento vivo, progresista, fuerte y numeroso del país, y nos apoyamos en el grupo muerto y podrido, para combatir el principio liberal, que es el nuestro en Francia.» Así habían hablado otros. Así fueron hablando todos.



☛ La primera verdad de Prim, la de los treinta mil hombres necesarios para llegar á Méjico, sancionada por el fracaso de Lorencez, produjo el nombramiento de Forey, un héroe de Italia, un segundo triunfador de Montebello, pero convertido ya en UN LEÓN VIEJO CON LAS GARRAS ENTORPECIDAS por el apoltronamiento senatorial, en el que había echado carnes. Además, tenía la alta distinción, muy común entre los héroes y los senadores, de ser pomposamente inepto.

☛ Aquiles Forey recibió la carta imperial del 3 de julio de 1862 que contiene la doctrina antimonroísta de Napoleón III y una larga exposición de los medios para invadir á Méjico. Afortunadamente para Napoleón, ni su torpeza ni la de su general fueron aprovechadas por el ministerio de Guerra del Gobierno mejicano.

cano. Napoleón prescribía una mezcla calculada de audacia y de prudencia. Ahora bien, como no dió la dosis, Forey salió del paso agotando primero toda la prudencia, y dejando para después toda la audacia. Con esto presentaba dos oportunidades al enemigo, el cual tuvo tiempo suficiente para prepararse, y después, medios para inutilizar al invasor.

☛ No seguiremos á los censores de Juárez, para quienes todos los actos del Presidente relacionados con la campaña de 1863 tienen el sello de una incompetencia radical. Tampoco imitaremos á los panegiristas, que todo lo alaban. Los hombres de más indiscutible valer tienen los defectos inherentes á sus cualidades, y Juárez no se puso entonces á la menor distancia posible de la imperfección humana.

☛ El nombramiento de González Ortega es criticado torpemente. Juárez no tenía un gran soldado á quien encomendar la dirección de la campaña, y á falta de un gran soldado, el mando se dió á un héroe. Eso era, eso fué González Ortega. Nadie sino él podía recoger la espada de Zaragoza, y no la devolvió deshonrada. Además, la opinión imponía el nombramiento de González Ortega para jefe del Ejército de Oriente.

☛ Segundo cargo á Juárez : el sitio de Puebla. Cargo baladí, puesto que quien lo formula demuestra de una manera concluyente que el sitio de Puebla debía haber producido uno de estos resultados : ó el aniquilamiento del ejército francés, ó su paralización hasta 1864. El programa de resistencia indefinida por medio de guerrillas y disolviendo los núcleos de ejército existentes, no se basa en razones serias de orden político y militar. Por el contrario, la resistencia indefinida, sistemáticamente organizada con los sitios de Puebla y Méjico, era un plan de éxito indudable. Si había una completa seguridad de que Napoleón se vería obligado, por una parte, á vengar el fracaso de Puebla, y, por otra parte, á retirarse cuando se produjera alguna de las emergencias de que se ha hablado arriba — y cualquiera de ellas ó todas no le darían más de tres años á su acción libre en Méjico, — parecía de indiscutibles ventajas perder dos ejércitos en plazas sitiadas, para detenerle hasta 1864, antes de que tomara la capital, y el resto del tiempo en el interior, siguiendo el mismo sistema ú organizando guerrillas para gastar al ejército expedicionario, hasta matar la iniciativa de sus jefes, la moral de sus tropas y la ambición de su Gobierno.

☛ El general Forey, hemos dicho, estuvo torpe, tardando casi un mes, de fines de septiembre á fines de octubre, para llegar á Orizaba, en donde se inmovilizó, creyendo imposible avanzar si no aseguraba las comunicaciones con Veracruz y un sistema de transportes que le ministrase las subsistencias. Ahora bien, como las tierras bajas no producen trigo y por aquellos días estaban sin ganados, todo debía llegar de Francia, de las Antillas, de los Estados Unidos.

☛ La situación se hacía difícil en Orizaba, pues no habiendo convoyes del puerto ni de la meseta del Anáhuac, se agravó la escasez á que nos hemos referido al hablar de los días anteriores á la sorpresa del Borrego. Entonces hubo quien despertara á Forey de la somnolencia en que lo tenía el respeto literal á las instrucciones militares de Napoleón, y dejando la obsesionante preocupación de los

transportes, ordenó la ocupación de Jalapa, primero, y, después, de San Agustín del Palmar y de San Andrés Chalchicomula, lugares provistos abundantemente de cereales y forrajes. El ejército podía vivir, y vivir mejor avanzando que en la inmovilidad á que estuvo condenado. No sólo esto, sino que comenzó á ver en el pueblo rostros menos huraños. Los campesinos de Puebla, amenazados de ruina por las guerrillas, recibían á los franceses como salvadores de sus frutos pendientes.

☛ Por los preparativos de la defensa de Puebla, se había desdeñado la operación de talar sementeras y hacer el vaclo ante los franceses. Dura necesidad, pero ineludible. Convenimos en que esto y la destrucción de los pasos á través de los desfiladeros de la Sierra, y de los puentes que había en los caminos de Orizaba y de Jalapa, habría contribuído poderosamente á retardar la presencia de los franceses en la meseta, puesto que Forey no se hubiera aventurado en un país desprovisto de todo medio de subsistencia, sino después de haber completado su sistema de transportes, que no podía integrarse con elementos de los Estados del Golfo, sino que habría sido preciso obtener de Europa y de Nueva Orleans en su mayor parte.

☛ Mas no se había perdido mucho, ó, por lo menos, no se había perdido todo. Ya una vez ante las fortificaciones de Puebla, le quedaba á Forey una gran tarea que hacer. Primero, vivir. Y para esto, un ejército auxiliar del sitiado podía ser una amenaza, ya entregándose á la destrucción de los molinos y sementeras, ya reforzando las guerrillas para amagar convoyes, ya atacando los destacamentos de los puntos ocupados por los franceses en la línea de comunicación con Veracruz. Intentar esto, aun sin lograrlo, era ya bastante para prolongar indefinidamente el sitio de la plaza, puesto que Forey no tenía el número necesario de combatientes en sus líneas y que éstas habían de desguarnecerse todavía más para atender á los amagos del ejército de auxilio de la plaza.

☛ Ante la inoficiosa cooperación de Comonfort, nada son las faltas de González Ortega, faltas, por otra parte, de sobra compensadas por la bravura con que él y su ejército sostuvieron el sitio, levantándose cada vez más á una altura que, si fué sorprendente para los franceses, no lo fué menos para los mejicanos. «Esos hombres, decía un oficial extranjero, no son los que conocemos: diariamente crece su valor, y su perseverancia se manifiesta más inflexible».

☛ Forey traía instrucciones de repetir un ataque á la Lorencez, y González Ortega estaba preparado para tal evento, con caballería suficiente para perseguir las columnas rechazadas. El ataque del enemigo debería hacerse por el Carmen, como en las guerras civiles, aunque con cierta precaución: «tal vez no serían inútiles algunos trabajos de sitio, decía el emperador, y el empleo de gaviones puede poner á las tropas más expuestas, por lo menos al abrigo de la fusilería.»

☛ Algunos trabajos de sitio: de ninguna manera sitio en forma. ¿Para qué? Las primeras impresiones de Forey le confirmaron su prejuicio sobre la resistencia que encontraría. Al desprender sus columnas para rodear la ciudad y cerrar el camino de Méjico, no vió señal de resistencia, por más que era muy fácil un ataque á las fuerzas aisladas, sobre todo á las que se habían comprometido en las

barrancas del norte de Puebla. Colombres, el ilustrado jefe facultativo que había tomado participación honrosísima en las obras técnicas para la defensa, acudió á Guadalupe, en donde González Ortega presenciaba las operaciones del enemigo, y dió el consejo de que se atacara á las columnas francesas. Los generales se adhirieron á la opinión de Colombres; pero no fué posible convencer del todo á González Ortega. ¿Qué entendía de aquello el TINTERILLO DEL TEÚL? González de Mendoza, con su verbosidad, obtuvo que se aferrase el general en su determinación adversa al consejo de Colombres.

☛ Los franceses, con la desgana del que hace una obra sin finalidad, comenzaron sus operaciones contra San Javier, desguarnecido. Todavía, olvidando el 5 de mayo, se le decía á Forey: «No hay sino entrar y tomar posesión del punto». El león viejo, sin garras, pero con mañas, decidió comenzar un sitio regular. ¿Y para qué? preguntaban los gascones del ejército enemigo. «El 23 abrimos la trinchera: los mejicanos probablemente no comprendieron lo que hacíamos, porque no nos inquietaron, y en tres días establecimos la tercer paralela, sin haber perdido más de dos soldados». Acaba de hacerse la cuarta paralela y se dirige el ataque contra San Javier. San Javier cae en poder del enemigo. Puebla era suya. Pero no es así. ¿Qué pasa? Las cabeceras de las manzanas forman baluartes con las cortaduras de las calles erizadas de artillería. La población no se atreve á rebasar las líneas mejicanas para presentarse á Forey.

☛ Aun no acaba el sitio como se creía: acaba sólo de comenzar. «El bocado es más difícil de tragar de lo que habíamos creído: los hombres que están tras esas murallas, tienen cierta energía para resistir. Con todo, sólo será cuestión de ocho ó de diez días». Así escribe Loizillon el 31 de marzo, en una carta para su familia. La carta no sale luego, y hay tiempo para agregarle otra página el 2 de abril: «Desde antier, hemos tomado tres cuadras. Para tomar cada una de ellas, es necesario clarearla, y por supuesto una vez que nos establecemos en las casas, los soldados toman lo que les place». Terminado este paréntesis que ilustra sobre lo que presentan entre bastidores las gloriosas guerras de civilización, continúa el narrador: «Esto es, en buenos términos, una guerra de calles. Anduve muy corto diciendo que sería asunto de diez días. Nuestros combates nocturnos acabarán, como en Sebastopol, por costarnos más caro que un ataque á viva fuerza, y, cuando entremos en Puebla, no encontraremos en gran parte sino ruinas. ¿Qué dirán los pueblos que nos oyen repetir diariamente que no es á ellos á quienes hacemos la guerra?»

☛ Pasan los días, y, á fines de abril, después del ataque infructuoso á Santa Inés, los franceses preguntan qué harán, y nadie contesta con resolución. «Sin embargo, será preciso que tomemos esta ciudad de Puebla de los ÁNGELOS. Sólo que el negocio caminará despacio, porque allí dentro no están los mejicanos que conocíamos. La defensa de Puebla, en suma, ha sido perfectamente organizada y conducida». Gracias, amable Loizillon; era todo lo que nosotros queríamos. Pero nos decís, además, que esta guerra va á ser funesta para vuestra patria: que venís á atacar á la parte sana y vivaz, apoyándoos en lo inútil y podrido, contra los principios que profesáis. Todo eso es lo mismo que os había anun-

ciado nuestro ministro de Relaciones, lo que os había dicho nuestra prensa, lo que os gritaban todos los hechos.

☛ Pero aun tiene algo que decir el bravo Loizillon. Dice que Saligny un día habla de ir á Méjico al frente de un batallón de Zuavos; que al siguiente, se presenta en el cuartel general para declarar que había estado engañado y que no suponía tal energía de parte de los mejicanos; y que, al tercero, grita que él en persona, con un pelotón de caballería se compromete á tomar la capital. «¡Ése es el hombre á quien se confía la política de un país!... ¡Pobre Francia, que podría desempeñar un papel tan brillante, si no estuviera paralizada por esta guerra estúpida!»

☛ La guerra estúpida deja por un momento de serlo. Saligny, en un lampo de lucidez, ó con la moderada excitación de un PRIMER PERÍODO, resuelve bombardear la ciudad con ejemplares del discurso de Billault, expositor de la política imperial; González Ortega contesta con un fuego nutrido de ejemplares del discurso de oposición pronunciado por Favre.

☛ Forey, soldado, mínimo de un ser pensante, no se cuida de esto. Discute el partido que debe tomar. En consejo se resuelve aguardar la llegada de las piezas de artillería de la marina. Entretanto, González Ortega discute también un partido extremo. Las provisiones se agotan. Escribe una carta á Comonfort, fecha el 29 de abril, en la que le dice que ha resuelto salir de la ciudad el 2 de mayo, protegido por el ejército del Centro. Comonfort contesta que tiene instrucciones del Gobierno contrarias á los planes del general sitiado: el ejército del Centro deberá introducir un convoy con víveres á la ciudad, y si el movimiento fracasa, se intentará la salida.

☛ No seremos nosotros quienes tratemos de paliar el error cometido por el Gobierno de Juárez al ordenar la introducción del convoy, operación imposible según el arte. ¿Y para qué era el convoy? Sólo para prolongar veinte días, á lo sumo, la resistencia de la ciudad.

☛ Trabajo cuesta creer que haya dado tales instrucciones el Gobierno: el fracaso de Comonfort era su derrota, y derrotado, no podía auxiliar la salida.

☛ Por último, se prescribía que si aun la salida era imposible, se diese una batalla. El absurdo era progresivo, pues cada medida tenía menos justificación que la precedente. ¿Con qué fuerzas daba una batalla campal el jefe derrotado al introducir el convoy de víveres, y el jefe rechazado al intentar la salida? ¿Con qué moral, si les quedaba alguna fuerza?

☛ Lo extraño es que González Ortega se haya sometido sin protesta, y aun que aceptara, un plan que implicaba la destrucción indudable de ambos ejércitos.

☛ El Presidente había llegado al cuartel general del Ejército del Centro, con su Ministro de Guerra para sostener el acuerdo que empujó á Comonfort hacia el desastre. Ese ejército, que hasta entonces había permanecido en la inacción, clavado allí por la seguridad que tenía Comonfort de que Puebla no resistiría ni los ocho ó diez días que le daba Loizillon, comenzó á moverse sólo para entregar sus MISERABLES RECLUTAS al cañón enemigo. El 7 de mayo pernoctó en San Lorenzo, y á la madrugada del siguiente día fué sorprendido. Era la sor-

presa de reglamento, la de San Jacinto, la de Padierna, la del Borrego, la de todas nuestras desventuradas campañas. A pesar de eso, no se perdió todo el material, y se salvó parte de la tropa, por azares que impidieron el cumplimiento de órdenes inverosímilmente desatinadas del Cuartel Maestre, función encomendada á un viejo militar, el general D. José María Yáñez.

☛ A González Ortega le quedaba la capitulación y prefirió el suicidio colectivo de su ejército. Para terminar el sitio, al recibir la noticia de que el jefe sustituto del ejército auxiliar, le negaba su concurso para la salida, escribió esta carta de paladín dirigida al jefe francés: «Señor general: no siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza, por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, incluso la artillería. Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. El cuadro de los generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio del Gobierno, y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra.»

☛ El 17 de mayo, Puebla fué ocupada por los franceses. Márquez, husmeando sangre, aguardaba el fusilamiento de los defensores de la plaza, pedido por Almonte. Aun creían aquellos hombres que Forey venía como ejecutor complaciente de sus venganzas; pero el general francés no era pródigo de sangre mejicana. Prefería serlo de tinta. En efecto, Forey había abusado de la proclama: proclama, al desembarcar declarándose amigo y libertador del pueblo mejicano; proclama, á los cordobeses pidiéndoles una simpatía que le negaban; proclama, al salir de Orizaba, sobre el ramo de fomento, en la que ofrecía reparar los caminos, hacer obras en los puertos, alumbrar y pavimentar las ciudades, dar, en una palabra, la orientación reconstructora, imposible mientras dominase la minoría opresora. A la vez que proclamaba sus propósitos de civilización, despejaba el campo de facciosos. Licenció á Almonte como jefe supremo de la nación, y puso la pluma en la mano de Miranda, para que firmase una especie de abjuración. El agitador de la teocracia se obligaba á cooperar para el establecimiento de un Gobierno sin exclusivismos clericales.

☛ ☛ ☛

☛ Mientras González Ortega y su valiente cuadro de jefes y oficiales, negándose á firmar un compromiso de abstención durante la guerra, eran conducidos al destierro, que muchos evitaron, fugándose antes de salir de Puebla ó en el camino, para continuar la lucha, el Gobierno de Juárez tenía sobre el tapete un grave problema militar. Se trataba de la defensa de Méjico.

☛ Aun no se había cometido la última falta; aun quedaba el recurso de inundar las inmediaciones de la capital, y de aprovechar así el tiempo de lluvias que comenzaba, para impedir que Forey abriese el sitio en forma antes de octubre. Esto era ganar cuatro meses. Luego, activando los preparativos que ya estaban muy avanzados, se podría allegar elementos bastantes para un sitio de otros cuatro meses. La primavera de 1864 encontraría á Forey abriéndose paso para en-